

Como hemos dicho, Baal y Astarté tenían sus profetas, al igual que Jehová. Los templos de Egipto y Fenicia estaban rodeados por grupos de *genin* o «vecinos» del dios, para los que reservaba éste, naturalmente, lo que tenía que decir. Aquellos falsos dioses no parece que hicieron ninguna confianza memorable a sus familiares, pero Jehová, en este aspecto, fue muy superior a ellos. El más justo, el más democrático de los dioses de aquel tiempo, inspiró sentimientos hondos, energías y cóleras que han sido y son pulsaciones vitales del corazón de la humanidad, y lo hizo lejos de los templos, en lo hondo de los valles, en las cavernas de las montañas.

Los profetas de Israel fueron 400. El buen sentido laico confundía a veces a estos entusiastas con los locos, y realmente la diferencia era pequeña. Grupos de energúmenos recorrían el país, poco diferentes de aquellos monjes cristianos de las cercanías de Antioquía, que mil doscientos o mil trescientos años después «pateaban como elefantes» el Norte de Siria para destruir la civilización grecorromana. Aquellos profetas eran principalmente jehovahistas, fogosos, encarnizados contra el culto de Baal, pero su mayor queja era la intrusión de la civilización tiria, que un gobierno imprudente quería establecer sin preparación, en un país que seguía siendo rústico y pastoril.

La más importante fuerza del profetismo jehovahista era una organización corporativa, con adeptos y novicios llamados «hijos de los profetas». Aunque casados, los profetas vivían en celdas, comían juntos, se reunían en salas para ejercicios comunes, sobre todo para oír al maestro. El centro de movimiento era el alto Carmelo y la llanura de Jezrael, casi a la vista de Tiro. El país de Galaad, las orillas del Jordán y el lugar de Galgal (Efraím) parece que presenciaron también estas extrañas manifestaciones.

La inspiración se excitaba por medio de bailes y procedimientos orgiásticos, semejantes a los de los derviches y airanas. La música, sobre todo la de instrumento de cuerda, se presentaba como condición imprescindible del éxtasis. Aunque la escritura se hubiera generalizado mucho, los profetas del tiempo de los amónidas no escribían. Incluso la palabra les parecía medio insuficiente para la expresión del pensamiento. Recurrían con frecuencia al lenguaje simbólico o a hechos parlantes, que entendían todos sólo con tener alguna vista.

Aquellos videntes apenas eran taumaturgos. Eran maldecidores poderosos, autores de sortilegios. La taumaturgia de los profetas posteriores en tiempo de Israel se limitará también a muy poca cosa, pero en la época de que hablamos los hombres de Dios eran más bien taumaturgos

que profetas en el sentido ordinario. Se los suponía dueños de un poder absoluto sobre la naturaleza. El milagro se consideraba una manifestación esencial de la Divinidad, hecho que no impedía que a la acción taumatúrgica acompañaran siempre medios naturales que ésta reducía a una magia sabia.

Cuando se escribió la leyenda de aquel movimiento extraordinario, hubo empeño en centralizar la acción profética en manos de dos jefes, uno de los cuales, fundador sobrehumano, especie de segundo Moisés, depositario de los poderes divinos de su tiempo en la tierra, se suponía que había transmitido al otro, con su manto, sus dotes sobrenaturales. Casi todo lo que leemos sobre Elías y Eliseo en los Libros de los Reyes, está sacado de aquellas Vidas de Profetas, impregnadas de un carácter fanático y de un desdén absoluto de la realidad, que encantaba a la escuela teocrática. El papel de Elías sobre todo tiene poca relación con los datos auténticos de la historiografía israelita. Su nombre, «¡al es mi dios», parece el resumen de su misión. No se dice el nombre de su padre. No es de ninguna parte, porque el sobrenombre de tesbita, que supone una localidad llamada Tisbe (que nunca existió), no es más que el resultado de un error de copia. Su vida parece en ciertos momentos un calco de la de Eliseo.

Respecto a Elías, como en Jesús, la leyenda fue lo más fecundo. Su biografía sombría y sin encanto, sublime y próxima al ridículo a un tiempo, y a veces grotesca, fue la poderosa levadura de las revoluciones futuras. Moisés es sólo un ministro de Dios. Elías es dueño de las estaciones, del rocío y de la lluvia. Envía a países enteros años de sequía y hambreras espantosas. Vive como asceta en el desierto, del agua de arroyos que nunca se secan, alimentado por los cuervos, que le llevan diariamente su comida. Su traje es una piel de bestia, sujeta por un cinturón de cuero. Su taumaturgia es extraña y, sin embargo, tiende a ser semirracional. Resucita a los muertos pegándose a ellos, transmitiéndoles su fluido de vida como por una corriente de inducción. Su presencia es más temible que benéfica. Recuerda los pecados de una casa, y como la desgracia es la consecuencia del pecado, trae desgracia. Perseguido como una fiera por los reyes, los trata con impertinencia suprema. Los retos a los sacerdotes de Baal en el Carmelo, son el colmo del orgullo teológico. No se muere: Arrebatado al cielo por un carro de fuego, se reserva para fábulas futuras, más audaces todavía. Elías será posteriormente la base de las mitologías judía, cristiana y musulmana, el gran agente divino del mesianismo, el preparador de las apariciones celestiales, el profeta de los últimos días. Juan Bautista no es más que un reflejo suyo. Jesús, que no se le pareció mucho, dícese que invocó, para aumentar su prestigio, coloquios secretos que había tenido con él en montañas invisibles.

En el Oriente han existido siempre estos tipos extraños, a los cuales representan hoy los derviches musulmanes, al entregarse a todas las aberraciones de la inspiración individual. Así como la Edad Media, deseando volver al ideal primitivo del cristianismo, creó las órdenes men-

dicantes, la exaltación patriarcal del reino de Israel creó verdaderos monjes; una orden religiosa en toda la acepción de la palabra.

Un auténtico pensamiento religioso, muy grosero aún y mancillado por un fanatismo sombrío, animaba a aquellos formidables campeones que aseguraron definitivamente la victoria de Jehová. Los profetas de aquella nueva escuela son muy superiores al brujo antiguo que explotaba su facultad profética cuando le daban dinero. Éstos nada cobran por los servicios sobrenaturales que prestan. La oposición que hacen a los cultos impuros de Fenicia se basa en una gran seriedad moral. Es conmovedor cómo se encargan de la defensa del débil y protestan, encarándose con el rey, del asesinato de un pobre hombre. El egoísmo tenaz de un nacionalismo exclusivo que confisca a la Divinidad en beneficio propio, está muy lejos de ser el ideal de la virtud religiosa. Pero la pobre humanidad no obtiene el bien más que al precio del mal, ni la verdad más que a través del error. ¿Quién puede aceptar sin reserva la herencia de Calvino, de Enrique III y de Juan de Leyde? Y sin embargo, el protestantismo del siglo XVI señaló seguramente un paso decisivo en el progreso religioso.